



COLABORACIONES

AGRESION E INNATISMO. SOBRE ALGUNOS ASPECTOS RELACIONADOS CON LA TESIS INNATISTA EN LAS CIENCIAS HUMANAS

JAVIER URDANIBIA
Denia

«(...) todo depende de que lo verdadero no se aprenda y se exprese como sustancia, sino también y en la misma medida como sujeto».

HEGEL, Fenomenología del Espíritu (1807). Prólogo, II, I.

—1—

Hn torno a la tesis innatista se han desencadenado polémicas plurales y heterogéneas. La postulación de un equipo no-adquirido (como no sea filogenéticamente) ha encontrado defensores y detractores procedentes de diversos campos y disciplinas en las ciencias humanas. La polémica entre innatistas y conductistas se ha convertido en fundamental en antropología, etología y lingüística, pero no nos detendremos en esta polémica, sino que nos limitaremos a efectuar algún comentario al esquema que sigue.

Ambas corrientes en litigio se autofirman como completamente empíricas. Quienes describen *conductas* y quienes hace repertorios *etogramáticos* pretenden realizar actividades descriptivas de áreas de realidad. Pero resulta evidente que ambas actividades descriptivas, al partir de posiciones teóricas opuestas, constituyen cosas diferentes. Esto aplícase no sólo a la etología, sino también a la lingüística: quienes describen repertorios de trozos de ejecución hacen algo harto diferente de quienes intentan responder a la pregunta «¿qué es una gramática?». Quienes se preocupan de cómo se altera la conducta de un organismo parecen haber olvidado una cuestión previa: ¿cuál es la naturaleza del mismo?. Esto queda patente si nos fijamos en el modelo explicativo usual de unos y otros. El modelo reflejo —empleado durante muchos

	CONDUCTISMO	INNATISMO
Papel asignado al equipo filogenético.	Escaso	Es condición de todo aprendizaje y, por ende, de toda conducta.
Papel asignado al		
Papel asignado al aprendizaje.	Total (ambientalismo)	Mero desencadenador de los mecanismos innatos.
Papel asignado a la modificación de la conducta.	Gran abanico de posibilidades para la tecnología de la conducta.	Libertad según «reglas». Resistencia de los organismos a «ciertos» aprendizajes y modificaciones.
Modelo usual	Reflejo: Estímulo-Respuesta	Caja negra (Elaboración «mental»)
Objeto de estudio.	Reacción del organismo	Dotación filogenética o «naturaleza»



años en psicología— atiende a las respuestas desencadenadas por la estimulación, mientras que los innatistas pretenden inferir la naturaleza de la caja negra que procesa los datos de entrada, mediante la descompensación de ésta y de la salida (o *output*). Los métodos y los objetivos son diversos y sobre ellos se volverá a lo largo del escrito. los datos de entrada, mediante la descompensación de ésta y de la salida (o *output*). Los métodos y los objetivos son diversos y sobre ello se volverá a lo largo del escrito.

Pero no todo es paz entre los innatistas. Nos encontramos, por el contrario, con otra importante polémica en el seno de estas corrientes. Los partidarios del *determinismo instintivo* o «agresionistas innatos» se oponen a los de la doctrina de la *plasticidad de la conducta* (humana, al menos). Entre aquéllos encontramos a autores de especial crudeza (K. LORENZ, R. ARDREY, J. ALSOP) junto a otros de menor virulencia y de no menor interés e incidencia (N. TINBERGEN, I. EIBL-EIBESFELDT). Entre los partidarios de la plasticidad nos contentaremos con citar a Ashley MONTAGU y a N. CHOMSKY (posteriormente justificaremos la inclusión de éste último).

Seguiremos este plan: inicialmente se expondrá la polémica entre los innatistas dentro del marco de la antropología y la etología. Luego, las referencias a la lingüística serán explícitas. Si ésta es, como pretende CHOMSKY, una parte de la psicología general, será fácil apreciar la estrecha unidad de los campos. Por último, evaluaremos ambas concepciones. La evaluación, de acuerdo con el lema hegeliano que preside estas páginas, consistirá en apreciar la adecuación de tales concepciones a una comprensión de la «naturaleza humana» no sólo como *sustancia*, sino también como *sujeto*.

— II —

A pesar de las diferencias que se encuentran entre los autores más representativos del determinismo instintivo, puede presentarse sus teorías globalmente, como un todo coherente. Esta doctrina mantiene, como afirmación axial, que hay un instinto de *agresión* del que el hombre no puede sustraerse a pesar de sus lamentables secuelas. Se trata de un instinto ampliamente difundido y fijado en las especies animales y, en consecuencia, está presente de forma operante en la especie humana, como rastro o huella de sus orígenes animales. Debido a él, hay una amenaza de *desastre* inminente e ineludible (a lo cual ARDREY vendría a añadir un conjunto de factores no-instintivos, sino telúricos, de carácter catastrofista, como la amenaza de una nueva Era Glacial) (1). El fatalismo estriba en que nada puede hacerse ni individual ni colectivamente para *erradicar* de los hombres el instinto de agresión. Todo cuanto puede hacerse, en el mejor de los casos, es *paliar* la acción de la agresión intraespecífica humana y en *disminuir* los lamentables efectos del instinto. E.-EIBESFELDT ha enfatizado los procedimientos «rituales» (como el torneo) conducentes a la pacificación del contrincante y, en suma, a la «sublimación» cultural del instinto (2).

(1) ARDREY, 1976. Son voluntariamente dramáticas las páginas incluidas bajo el epígrafe «El hombre interglaciar».

(2) E.-EIBESFELDT, 1973.

La *agresión* es una noción central para comprender la conducta humana. La esencialidad de este componente sería tal que su erradicación alteraría casi todo de lo que consideramos como específicamente humano. Pero, ¿de qué «agresión» se nos está hablando? LORENZ responde que se trata del *aggressi* «en su sentido original y lato» que estaría presente en actitudes y actividades muy diversas: *afrontar situaciones, resolver problemas, todo lo relacionado con la ambición, el ascenso social y otras muchas actividades que no vacila en calificar como de «indispensables»*. Las pulsiones agresivas están presentes incluso en la *risa*. Cuando se nos habla del *aggressi* «en su sentido original y lato» surge la sospecha de que el término no ha quedado delimitado con precisión, por lo cual puede aparecer como componente de todas (o casi) las actividades humanas. En efecto, es común a los «agresionistas innatos» partir de un empleo vago y amplio, para posteriormente emplear el término de una forma muy peculiar y arribar a la inevitabilidad de la agresión intraespecífica humana. Metodológicamente, nos encontramos aquí con una grave carencia: la de la identificación precisa de lo que los partidarios de la doctrina del determinismo instintivo entienden por *agresión*; mientras que esa carencia no sea subsanada, corremos el riesgo de otorgarle connotaciones impropias y referencias inadecuadas (3). (Por otro lado: la catalogación, por LORENZ, de «indispensables» cosas como la ambición, la escalada social, etcétera, en una palabra, la lucha de los individuos en el marco social, nos pone frente al hecho de que los agresionistas innatos se identifican apologeticamente con los valores sociales dominantes).

Estos autores han afirmado insistentemente la *ambivalencia* de la agresión. Los efectos desastrosos son inseparables de las ventajas que tal instinto acarrea, por lo que el hombre sería un Jano bifronte. Uno de los capítulos de la obra más universalmente conocida de LORENZ se titula «la maldad sirve para algo bueno»; la agresión no sería más que un «supuesto mal». TINBERGEN es también explícito al respecto. La agresión (que es innata, es decir, no aprendida), forma siempre parte del «equipo adaptativo de la especie» y su utilidad consiste en que impide la superpoblación, asegura la alimentación de la prole y, gracias al complejo instintivo agresión-territorialidad, «la verdadera amistad parece desarrollarse particularmente entre los miembros de un grupo que poseen una agresión en común contra un grupo exterior».

Si el complejo instintivo agresión-territorialidad tiene sus ventajas para la conservación de la especie, su ambivalencia implica que también acarrea consecuencias que ponen en serias dificultades la perduración de la misma. Se trata, pues, de un *mal evolutivo*, una hipertrofia de algo que antaño fue de suma importancia para la supervivencia específica, pero que ha degenerado en un *trampa ecológica* (la expresión es de M. BURNET). La dotación filogenética se encuentra en contradicción con la organización social, lo que constituye el *malestar de la cultura*. La *competencia entre congéneres*, como mecanismo de selección social, al situarse al margen del medio exterior nos arroja en la citada trampa. LORENZ, tras citar a su maestro O. HEINROTH («Después de las alas del faisán, el producto más idiota de la selección intraespecífica es el ritmo de

(3) LORENZ, 1963, p. 313. MONTAGU, 1976, pp. 23-4.

trabajo del hombre civilizado occidental») comenta que la exacerbación de la competencia interna al grupo o a la sociedad es muestra inequívoca de «evolución impropia» (4). No es el peor de los males resultantes la llamada «enfermedad de los gerentes»; es el futuro el que globalmente presenta pocos resquicios para la esperanza fundada. En efecto, podría conjeturarse que quizás la razón crítica pudiera conducir a la especie hacia realizaciones colectivas pertinentes para la perduración. Pero ello no es así. La dotación filogenética ofrece un «margen muy especializado de modificabilidad seleccionado en la prehistoria de las especies» (5). Lo restrictivo del margen innato conduce a LORENZ a emitir sospechas sobre todo tipo de «cambio brusco» por cuanto cualquiera de éstos podrían conducir a la especie a nuevas desadaptaciones, pero no a superar la evolución impropia en la que se encuentra. La dotación innata se caracteriza por la rigidez y no por su plasticidad, por lo que los cambios bruscos de la índole que se afectarán nocivamente a los sistemas de normas y ritos sociales, como a las formas de comportamiento social producidas por la evolución filogenética. La programación innata puede verse enfrentada a cambios ambientales no previstos. Se impone la elaboración de una investigación científica especial con el fin de evitar cualquier trastorno o desequilibrio a lo obtenido por selección natural. Si embargo, esto no se limita a los instintos, sino a los sistemas tradicionales de conducta social. Una cultura determinada debe cerrarse sobre sí misma; el contacto con otra le hace correr el riesgo del desequilibrio. (Es de interés subrayar que LORENZ considera el lenguaje como uno de esos indeseables cambios bruscos, ya que a partir de él fue posible la conservación y la transmisión de conocimientos adquiridos, lo que situó al homínido en una situación radicalmente nueva, sin velocidad adaptativa plausible).

Un ejemplo tomado del mismo autor nos permitirá apreciar el alcance práctico de sus análisis. El complejo instintivo a que venimos aludiendo no es sólo un complejo *entrampado*, sino *no satisfecho*. La sociedad nos exige un nivel de «bondad» en desacuerdo con nuestra naturaleza. Ningún cambio brusco puede hacer que el hombre abandone su necesidad de agredir a congéneres vecinos, a bandas próximas. La frustración de este «ejercicio instintivo» es un resultado de la no acomodación instintiva.

ARDREY ha sabido extraer las conclusiones más fuertes y provocativas del determinismo instintivo a lo largo de todas sus obras. Al servicio de la hipótesis del cazador ha empleado una retórica espeluznante. La hipótesis no es original de este escritor, empero. DART, LEAKEY y el mismo LORENZ ya la habían formulado con anterioridad, por lo general de forma explícita. Los australopitecos, para éste último, nos legaron en herencia una peligrosa «mentalidad de carnívoro». El hombre descubriendo la potencia de una piedra afilada es como si una paloma adquiriera de repente el pico de un cuervo. A pesar de ello, ARDREY es el mejor exponente de la tesis: «*El hombre es hombre, y no un chimpancé, porque durante millones y millones de años en evolución ha matado para vivir*» (6). El

(4) LORENZ, 1963, p. 51.

(5) Esta es la definición de innato proporcionada por LORENZ, 1965, p. 11.

(6) ARDREY, 1976, p. 17. LORENZ, 1963, p. 266.

matar para vivir es la *differentia* específica que caracteriza al hombre y lo aísla de la inteligente familia de los primates. Incluso lo más noblemente humano tiene su fuente en el asesinato de congéneres. La matanza ininterrumpida se confunde con el proceso de hominización. La mente humana surge en una especie que depende de la caza de modo casi exclusivo para asegurar su supervivencia. La explosión demográfica supuso un recrudescimiento del instinto de territorialidad. Si la caza nos había aportado un poder cerebral inusitado, la lucha contra congéneres nos hizo, gracias a las herramientas, seres sumamente peligrosos (7).

TINBERGEN no ha sido muy proclive a postular homologías conductuales entre los animales y el hombre. Quien ha insistido más en ello es su discípulo Desmond MORRIS en *El mono desnudo* (1967) y en otros escritos de notable difusión. No obstante, aquél ha defendido, sin duda, la doctrina del determinismo instintivo. Baste con recordar dos conferencias dictadas en Oxford, en 1964 y 1968 (8). En la primera se afirma que el hombre quizás posea «una tendencia irracional profundamente enraizada» a la defensa de territorios. La tendencia a la relación agonística se aplica también a otras actividades como la rivalidad sexual y social. la agresión, no obstante, no significa, ni mucho menos, la destrucción física del contrincante, antes por el contrario, es evolutivamente ventajosa para la supervivencia debido a que, de la misma forma que hay mecanismos de desencadenamiento agresivo, los hay también de inhibición y de no consumación. Estos dispositivos son: el comportamiento equilibrado de ataque y fuga, la sumisión exhibida por el perdedor y que inhibe al vencedor (9).

—III—

El pesimismo de los agresionistas innatos se asemeja profundamente al mantenido por FREUD en sus obras metapsicológicas. La contradicción entre la dotación instintiva y los imperativos culturales es insoluble. La sociedad occidental avanzada encarna una cultura que deja insatisfechos a gran número de sus miembros, incitándoles a la rebelión. Una sociedad así «no puede durar mucho y tampoco lo merece» (10).

FREUD insistió en la existencia de fuerzas psíquicas inhibitoras de la agresión, pero, ante su ausencia, ésta se manifiesta «espontáneamente» y el hombre queda desmascarado como una bestia salvaje con sus propios congéneres. La satisfacción de las tendencias agresivas es peren-

(7) ARDREY, 1976, p. 136.

(8) TINBERGEN, 1973, pp. 170 y ss. Esta primera conferencia lleva como título «La investigación de las raíces animales del comportamiento humano».

(9) E.-EIBESFELDT, 1973, 2ª parte, cap. 1º: «Agresión y control de la agresión en el hombre».

(10) FREUD, *El porvenir de una ilusión. Obras completas*, vol. II, p. 77 b. Biblioteca Nueva, Madrid, 1968. También puede consultarse *El malestar en la Cultura. O.C.*, vol. III.

toria y la renuncia a ella no resulta nada fácil. El elemento *tanático* freudiano se asemeja a los instintos de agresión y territorialidad de los etólogos. Tanto aquél como éstos coinciden en reconocer en las sociedades contemporáneas una contradicción entre la organización efectiva de las mismas y las pulsiones agresivas (11).

Todas estas concepciones (por lo general altamente *ideologizadas*) no son más que un trasunto —con distinto, o pretendidamente distinto, material empírico de «apoyo»— de la vieja polémica que AGUSTIN de HIPONA desató contra PELAGIO. El primero creía que el pecado original afectaba *irremediabilmente* al alma humana y a su naturaleza toda. El pecado era la muerte de la libertad y sólo la redención divina sería capaz de eliminar el mal «innato». Pelagio, por el contrario, mantuvo la tesis de que los efectos del pecado de Adán no afectaban para nada nuestra responsabilidad y que, *naturalmente*, somos capaces de obrar el bien (12). El *pecado original* es la formulación mítico-teológica que está en el centro del debate. LORENZ establece analogías explícitas cuando considera que el estado preternatural era el de la libertad y la satisfacción instintiva. El pensamiento conceptual (árbol del bien y del mal) arrojó al hombre del Paraíso. La manzana que Adán comió *no estaba madura*, y por ello el conocimiento apartó del hombre la satisfacción y la seguridad (13). Recordemos lo que se ha dicho en torno a los cambios bruscos. El conocimiento, el lenguaje, situaron al hombre en un equilibrio inestable, en un estado precario. El cangrejo, tras la muda, pasa un tiempo desprovisto de defensas sólidas. El adolescente sería un ejemplo de lo mismo. El rechazo de los cambios bruscos tiene obvias consecuencias pedagógicas, políticas.

Todo cuanto no sea un origen violento, una feroz historia de hominización, se le antoja a ARDREY como fabulaciones de seguidores de ROUSSEAU. Hablar de «recolectores-cazadores» es propio de gente sentimentalizada y con añoranzas arcádicas. Depredación, caza, eso ha formado el enorme cerebro de esta banda de asesinos. Nuestra sociedad nos exige ser más «buenos» que lo «previsto» por nuestros orígenes. El crecimiento de la población, el hacinamiento y otras indeseables variables se suman a la imposibilidad de descargas de pulsiones agresivas «programadas». «No hay salida legítima al comportamiento agresivo en una comunidad moderna. La paz es la primera obligación del ciudadano, y el poblado enemigo vecino, que antes ofrecía un objeto a propósito para satisfacer la agresión intraespecífica, está muy lejos, lo más posible, a veces incluso aislado por una cortina de hierro» (14). El mito del pecado original tenía como función social denunciar la peligrosidad de los cambios bruscos. Las «tradiciones sagradas» deben ponerse a resguardar

(11) FREUD, O.C. vol. III, p. 38, 39 y 40. LORENZ, 1963, p. 270. En esta misma obra, LORENZ escribe (p. 61): «Freud podría enorgullecerse de haber sido el primero en señalar lo autónomo de la agresión».

(12) MONTAGU, 1976, caps. 2 y 3. Estos capítulos constituyen una muestra erudita de las relaciones que el determinismo instintivo tiene con otras corrientes de pensamiento, artísticas, religiosas, etc. Común a toda esta muestra, como a la misma doctrina, es su acendrado pesimismo sobre la naturaleza humana.

(13) LORENZ, 1963, p. 263.

(14) *id.*, pp. 281-2.



do de las «incursiones prematuras de una racionalización incompleta» (15). El que *socialmente* se nos obligue a ser más «buenos» que lo que *naturalmente* somos, es un cambio brusco de tal magnitud que coloca a los individuos de la especie en un precario estado de inadaptabilidad forzada.

La resistencia a los cambios tiene un fuerte efecto teologizador y alienante. A la calumnia a la vida, NIETZSCHE opuso la fidelidad a la tierra. FEUERBACH sustituía Teología por Antropología y devolvía al mundo sublunar lo que de aquí no debería haber salido. FREUD, por su parte, veía la única esperanza de una vida más dichosa y no represiva en que se comience por retirar las esperanzas en el más allá, para concentrar todas las energías en la vida terrena (16).

En el mejor de los casos, un agresionista innato podría aspirar a las posiciones de reforma política de POPPER (17): corregir los males sociales según vayan surgiendo, de la misma forma que en ciencia se van elimi-

(15) *id.*, p. 297.

(16) FREUD, O.C., vol. II, P. 65 a.



nando errores y así «prograsa» ésta. Pero incluso la amonación del mal provocado por el complejo instintivo agresión-territorialidad es visto por ARDREY con sumo pesimismo. Y LORENZ trivializa las hipotéticas soluciones que resultan vulgares y no imaginativas. Para él, la agresividad habría que descargarla, no en otro congénere, sino realizando actividades (como deportes, investigación...) que permitan evacuar la energía específica del instinto. El deporte es la forma ritualizada de lucha propia de nuestra vida cultural, como lo fueran los torneos, duelos, etc., cuyo fin social estriba en evitar los efectos desastrosos de la agresión (18). Pero el deporte, como observa MONTAGU, supone con frecuencia, «un refuerzo de la agresión». Los juegos cooperativos contribuyen mucho más a la neutralización de la agresión que los competitivos, y no al revés, como parece desprenderse de las reflexiones de LORENZ (quien posteriormente ha recti-

ficado sus opiniones sobre el deporte, pero no sustancialmente).

—IV—

En el centro de la polémica de los partidarios del determinismo instintivo y de los de la plasticidad de la conducta (humana) se encuentra la dicotomía estricta trazada por autores como LORENZ entre innato y aprendido, instinto y adquirido, herencia y medio. Lo que los partidarios de la plasticidad ponen en tela de juicio es esa dicotomía, considerada como espúrea (19). Ambos extremos no son aislables e inequívocamente discernibles en el comportamiento de los animales y hombres. Posiciones muy extremas defendidas por los agresionistas innatos pueden —y de hecho lo hacen— aproximarles a ciertas concepciones anacrónicas de la *Frenología* general: las «facultades» (o los rasgos de conducta) están localizados en centros o áreas específicas del cerebro. La estimulación del centro o área correspondiente originaría conductas benevolentes y la de otro, ponemos por caso, desencadenaría secuencias de conducta agresiva. MONTAGU somete a crítica la doctrina de la *ubicación* —emparentada como decimos, con algunas posiciones extremas de los deterministas del instinto— recurriendo a experiencias efectuadas con ratones y ratas por DENNENBERG y ZARROW, de la Universidad de Connecticut, las cuales ponen de manifiesto que la forma de crianza de los ratones afecta profundamente a la conducta agresiva. El marco genético *junto* con el medio en que los genes se desarrollan son imprescindibles para investigar las pautas de conducta. «El hecho de que un organismo tenga genes capaces de contribuir en última instancia a la conducta agresiva no significa que éstos genes deban expresarse necesariamente de este modo», dicen los dos investigadores citados (20). Lo innato no consiste en la existencia de *áreas en el cerebro*, sedes de conducta específica, al margen de la experiencia acumulada por el organismo y de la situación. No hay nada parecido a «circuitos», o «centros», o como se quiera en el cerebro, si por tal se entiende estructuras complejas en espera de estimulación, una vez habida la cual se originaría, por ejemplo, conducta agresiva. No se niega la existencia de estructuras cerebrales, sino su determinación rígida para seguir «cursos predestinados» generadores de conducta específica. Existen, efectivamente, disposiciones neurales que la experiencia organiza para funcionar de cierta forma. La doctrina de la plasticidad se niega en redondo a aceptar que lo innato (instintivo) biológico sea una *figura* de la conducta; en una palabra, se rechaza la equivalencia estructural de dotación genética y conductas específicas. Lo que permanecería de la vieja doctrina de la *ubicación* sería la afirmación de que las agrupaciones de una gran cantidad de células poseen cierta estabilidad que asegura la facilidad de la transmisión, pero esto ya no supone ningún tipo de localización en sentido fuerte (22). El abandono de la *ubicación* conlleva la renuncia a la «programación rígida» defendida por LORENZ.

(17) K. POPPER, *La Sociedad abierta y sus enemigos* (1945); B. Aires, Paidós, 1967 (2 vols.). Por lo que respecta a la teoría de la ciencia, véase *Conocimiento Objetivo* (1972) Madrid, Tecnos, 1974, especialmente caps. 3 y 4.

(18) Sobre la cuestión de los *deportes*, ver LORENZ, 1965, p. 315. Una convincente réplica a lo allí vertido puede encontrarse en MONTAGU, 1976, pp. 225-6.

(19) MONTAGU, 1976, p. 187 y pp. 168-9 respectivamente.

(20) cit. por MONTAGU, 1976, p. 186.

(22) KLOPFER, 1973, p. 189.

Se podrá objetar que ya en 1965 LORENZ había revisado algunos importantes tópicos de su teoría del determinismo instintivo. Rechaza, como «ingenua» la actitud respecto al instinto mantenida por él, en seguimiento de los «viejos etólogos». En esa concepción se había pasado por alto el papel del aprendizaje en la conducta efectiva. ¿Cómo se corrige este olvido?. Se acepta la influencia del aprendizaje y del *insight* (*Einsicht*), lo que supone alguna forma confesada de plasticidad de la conducta, que resulta de la disminución de presión y la desintegración de las pautas motoras fijas (innatas) en beneficio del desarrollo de funciones que originan en el individuo la *modificación adaptativa*. A ello debe añadirse una dificultad metodológica en «aislar» lo innato que puede conducirnos al escepticismo: si el organismo disfruta de posibilidades ambientales de desarrollo, la supuesta mejora de las pautas motoras acaso se deba a la simple maduración del esbozo del genoma. Si, por otro lado, cualquier pauta deteriorada puede ser producto de la atrofia. En las nuevas posiciones de LORENZ se concede mayor importancia a los factores ambientales, pero sin por ello renunciar a la autonomía del instinto. E.-EIBESFELDT escribe que «numerosos experimentos de los investigadores del comportamiento han demostrado que las coordinaciones hereditarias no tiene por qué encontrarse ya completamente desarrolladas al nacer o salir del cascarón» (23). Por otro lado, los elementos retinianos sometidos a inactividad pierden su capacidad de discriminación de rasgos; lo mismo resulta tras la incidencia prolongada de luz difusa o imágenes desenfocadas. A este estado de cosas resultante de la corrección de las deficiencias ópticas del órgano de visión y que, a pesar de todo, perdura, le denominan los oftalmólogos *amblyopsia ex anopsia*. Aquí también la experiencia juega un papel crucial en la rectificación del ejercicio óptico.

Però resumamos brevemente la magnitud de la revisión lorenziana. Lo que realmente hace es añadir a la noción de *pauta motora fija* (*Erbkoordination*) que constituye el desencadenamiento espontáneo del determinismo instintivo, el desarrollo creciente en la evolución de funciones plásticas, en las que las pautas se encuentran degradadas. La agresión constituye un conjunto de pautas motoras fijas y sigue funcionando según el modelo psíquico-hidráulico. Para las conductas de segundo tipo el modelo sería a todas luces insuficiente. Pero, además, añade LORENZ que el conocimiento del equipo filogenético debe ser anterior en el tiempo a cualquier estudio sobre el aprendizaje específico. La anteriormente citada dificultad metodológica para «aislar» la dotación innata queda subsanada por las cautelas y normas propuestas para realizar un buen «experimento de privación». Se rechaza, por consiguiente, la tesis de los «modernos etólogos de habla inglesa» (TINBERGEN, JENSEN...) de que «lo que anteriormente llamábamos aprendido» y «lo que anteriormente llamábamos innato» sean extremos opuestos de un continuo de «mezclas insensiblemente graduadas» (que es lo que mantienen los autores citados y MONTA-

GU, R. DELGADO entre otros) (24). En énfasis, por parte de E.-EIBESFELDT, en la «dirección cultural de nuestra vida instintiva» y el énfasis en los controles biológicos y morales no suponen tampoco el abandono de la tesis de la autonomía del instinto (de agresión y otros), ni la prioridad de otras consideraciones que no sean las de «la historia *natural* de los instintos».

Estos están determinados biológicamente. ¿En qué parte del cerebro emplazaremos el soporte material del complejo instintivo agresión-territorialidad?. Si es resultado de la herencia animal, su receptáculo debería colocarse en el «viejo cerebro» (o «reptiliano»). Si, por el contrario, proviene de los tiempos de la encefalización y hominización, el lugar será el nuevo cerebro mamífero (neocórtex o «casco pensante»), (27) que se desarrolló a lo largo de nuestra evolución depredadora y de agresión mortal a congéneres. Ambas cosas pueden mantenerse a partir de los escritos de los agresionistas innatos. El complejo instintivo, legado por nuestra herencia animal, recibe una remodelación peculiar que lo convierte en una trampa ecológica (de la que no hay salida). El complejo instintivo al que se añaden las manufacturas de artefactos de muerte y la forma peculiar de nuestra naturaleza de carnívoros hacen del hombre un ser absolutamente asediado por la agresión y la territorialidad. Llévase donde se lleve a cabo la localización cerebral del complejo instintivo, las dificultades son de mucha envergadura.

Por de pronto, parece que el modelo de funcionamiento del complejo instintivo (alojado en zonas «viejas» o «nuevas») es en ambos casos el mismo. Veámos cuál es éste.

El *modelo hidráulico de motivación* fue propuesto por LORENZ en 1950 (28) y aunque a simple vista parece adecuarse a ciertos tipos de conducta simple, no lo es en forma alguna para otras ciertas formas más complejas. Su funcionamiento, sumariamente expuesto, es el siguiente: los elementos que componen el mecanismo son:

- a) un *depósito* en el que se almacena la «energía específica» de cada instinto,
- b) una *válvula* de cierre y apertura del depósito.
- c) un *resorte* que obliga a la válvula a estar en posición de cerrada, para impedir la salida de la energía acumulada, aunque, bajo determinadas condiciones, permitiría momentáneamente su apertura,

(24) Cfr. LORENZ, 1965, p. 27. Tales posiciones son criticadas exhaustivamente en el cap. 5º de esta obra. Una postura idéntica a la doctrina de la plasticidad se encuentra en TOULMIN, 1972. Este autor cree conciliables alguna forma de innatismo (débil) con las teorías genuinas de la doctrina de la plasticidad de la conducta humana. Efectivamente, el innatismo débil presta atención a las interacciones entre base innata y situaciones culturales, ambientales. «Cuando consideramos la forma de nuestro esquema conceptual corriente, por lo tanto, no debemos, nuevamente, tomar en cuenta sólo factores genéticos ni sólo factores culturales, sino toda la secuencia histórica de formas en las cuales nuestras capacidades intelectuales y prácticas innatas hallan progresivamente, y han hallado históricamente, expresiones funcionales mejor adaptadas» (p. 447).

(27) ARDREY, 1976, p. 84.

(28) LORENZ, 1950.

(23) LORENZ, 1965, p. 7. E.-EIBESFELDT, 1973, p. 21, nota 4. En la obra citada de LORENZ se puede leer (p. 35): «Ningún biólogo en sus cabales olvidará que el esbozo contenido en el genoma requiere innumerables factores ambientales con objeto de ser realizado en la fenogénesis de estructuras y funciones».

- d) una *pesa* o liberador externo que tiraría (tendente a la apertura) del resorte c),
- e) un *tanque* que encauza motoramente la energía vertida del depósito.

Los elementos b) y c) constituyen lo que los etólogos han denominado *mecanismo desencadenador innato*. El funcionamiento del ingenio es así: el aumento de motivación corresponde a una acumulación de energía específica de cada instinto a modo de líquido en el depósito a) en estado de cierre de la válvula b). Cuando la energía específica fluya por el desagüe se desencadenará actividad motora en el organismo. Las formas de apertura de la válvula del desagüe son de los siguientes tipos:

- (a) por intensidad del estímulo, es decir: por acción del liberador externo;
- (b) la presión del líquido, o energía específica, puede por sí misma efectuar, por empuje, la retirada de la válvula y el camino libre a la salida de la energía acumulada (actividad en el vacío);
- (c) «o quizás la energía pueda fluir por encima de la tapa del tanque y en alguna otra pauta de acción fija; en este caso, será una *actividad de desplazamiento*» (29).

La conversión de la energía en ejecución es la única forma posible de vaciado del depósito, como es obvio. Es la consumación de la motivación y su consunción temporal también. El modelo puede complicarse añadiendo, por ejemplo, tanques encauzadores de la ejecución motora de la energía, tanques que supondrían una jerarquización de la exteriorización motora del instinto, pero dejamos de lado estos modelos hidráulicos ampliados porque no aportan nada novedoso para nuestras reflexiones que no esté ya presente en el modelo simple. El modelo hidráulico de LORENZ se encontraría a la base de toda conducta animal y humana. La energía de agresión se acumularía hasta que la presión ejercida sobre la válvula se hiciera sentir de forma suficiente; o hasta que el estímulo-signo, es decir, la acción de la pesa d), actuara de forma conveniente sobre la válvula cerrada; o por desbordamiento; o por cualquier mezcla de tales posibilidades. Lo que está claro es que la energía no puede permanecer acumulada *indefinidamente*, sino que, por el contrario, necesariamente tendrá que descargarse en forma de actividad motora (agresiva, en la ocurrencia).

Los «agresionistas innatos» han supuesto que los modernos descubrimientos de neurofisiología apoyarían la doctrina del determinismo instintivo, e incluso se ha intentado reformular el modelo hidráulico en términos fisiológicos (THORPE). ¿Qué hay de cierto en tales pretensiones? Si en el cerebro no hay «centros» podría haber algo que se aproximara a ello, aún sin los excesos de la Frenología general. Hay un gran número de actividades «circunscritas» en el cerebro, pero de la forma apuntada más arriba, sin determinar conductas concretas, sino haciéndolas posibles mediante estimulación y aprendizaje. El funcionamiento del cerebro es un funcionamiento integrado (patente en las lobotomizaciones que, a la vez que suponen una alteración funcional, provocan

una subsecuente reorganización). La extirpación de ciertas zonas no sólo suprimiría la violencia o la agresión, sino diversas funciones «más altas». Un símil propuesto por MONTAGU nos invita a la cautela: si, ignorantes del funcionamiento de una radio, queremos examinarlo y retiramos un resistor del aparato, oiremos ruido de fondo. De ahí, ¿podemos concluir que el resistor es un «centro» que tiene como función suprimir el ruido de fondo o inhibirlo?. No parece razonable sustentarlo. El que desaparezcan conductas agresivas tras una lobotomización nunca nos permitirá la conclusión de que existen estructuras neurológicas organizadas innatamente para la agresión, o de que el mecanismo desencadenador innato se dispara automáticamente ante la presencia del estímulo-signo adecuado (o aún sin su presencia) (30).

Otro problema relacionado con la *ubicación* consiste en preguntarse si el *soporte material* del instinto de agresión y el de territorialidad reside en el «viejo cerebro», como legado herencial de los animales, o, si por el contrario, debe ser alojado en el neocórtex. Hay dos posibilidades, pues. Si se adopta la primera (como parecen pensar en ocasiones LORENZ y TINBERGEN), se olvida el papel *inhibidor* y *remodelador* del córtex y su funcionamiento integrado. Si se adopta la segunda, se olvida el funcionamiento sumamente plástico del mismo y se le adjudica una determinación rígida que nada tiene que ver con los hechos. El «viejo cerebro» no tiene un funcionamiento autónomo, a modo de sistema nervioso «vegetativo», independiente del córtex. «Lo que la encefalización denota es la plasticidad cerebral», escribe MONTAGU. Es una opinión ampliamente difundida entre los neurólogos que «la necesidad de regresar y utilizar centros filogenéticamente viejos se ha perdido» (31). Tanto se ubique el complejo instintivo agresión-territorialidad en una capa cerebral u otra, o en uno u otro «cerebro», mientras se mantenga alguna forma del modelo hidráulico de conducta (o motivación de la misma), poco se habrá avanzado en la clarificación de los mecanismos de la conducta (humana) y de sus posibilidades de modificación adaptativa efectiva.

La inhibición supone la no necesaria descarga, lo que desde el modelo es impensable. MONTAGU, para someter a crítica el modelo lorenziano, recurre a la autoridad de DANIELS y GILULA, psiquiatras de la Universidad de Stanford, quienes opinan que los modernos hallazgos de las ciencias neurológicas permiten afirmar la existencia de procesos neurológicos y estructuras neuroanatómicas que posibilitan la conducta de agresión y restringen las formas que ésta pueda adoptar. Ante una conducta de este tipo no puede hablarse —como se ve obligado a hacerlo el modelo hidráulico— de instinto que funciona por descompensación de la *homeostasis* interna (cosa que sucedería con el hambre, la sed y el sexo). La agresión, a pesar de la influencia que *de facto* tiene sobre la supervivencia, no puede decirse que sea «la descarga de un estado interno de necesidad» (32).

(30) MONTAGU, 1976, p. 163.

(31) MONTAGU, 1976, p. 173.

(32) El trabajo al que se refiere la cita de MONTAGU es «Violence and Struggle for Existence», recogido en el colectivo del mismo título editado por D.N. DANIELS, M.P. GILULA, y F.M. OCHBERG. Bostón Little Brown, 1970, p. 408.

(29) KLOPPER, 1973, pp. 80 y ss.



Otras experiencias permiten criticar el modelo en cuestión. Por ejemplo: perros cuyo esófago estaba abierto mediante una fistula, de forma que la comida se vertiera fuera, y cuyo estómago pudiera llenarse desde el exterior, no mostraban apetencia de comer una vez lleno de alimento su estómago. Lo que milita en contra del corolario de LORENZ de que es ineludible el desencadenamiento de la conducta de comer: es decir, el perro debería seguir comiendo, ya que la conducta de alimentarse es la única respuesta motora imprescindible para el «vaciado del depósito». El modelo incluso funciona mal para conductas que presuponen alteración de homeostasis interna: en el hambre no funciona, como se acaba de ver. Tampoco con la sed, si bien en experiencias de este tipo hay que tener en cuenta que los receptores (boca, garganta) parecen jugar un papel de mayor importancia. La conducta sexual es quizás la más próxima al modelo psíquico, pero tampoco pueden hacerse afirmaciones excesivamente globalizantes.

Pronto se puso de manifiesto que el modelo debía ser abandonado para adoptar otro más adecuado, que dé cuenta del funcionamiento integrado del cerebro, de los mecanismos de inhibición y de la conducta indeterminada (si bien innatamente condicionada). TINBERGEN, en 1951, expuso un modelo de motivación más sofisticado y adaptado al funcionamiento neuronal, a base de un sistema jerárquico de «centros» subyacentes a un instinto más alto (33).

(33) KLOPFER, pp. 80 y ss.

Pero otros modelos semejan ser más idóneos para dar cuenta de la complejidad de la conducta. Uno de ellos es el de DEUSTSCH, en el que un estado interno (químico, por ejemplo) actúa sobre una estructura central o de enlace que desencadena conducta motora que altera el medio del organismo. Efectuada tal alteración, un *análizador* inhibiría las órdenes que la estructura de enlace envía al sistema motor; entonces tendría lugar una *desconexión* (34). Este modelo parece adecuarse más a los hechos y a las posiciones de la doctrina de la plasticidad de la conducta, por cuanto que, amén de suponer «limitaciones genéticas» en la conducta y «restricciones fuertes» respecto a lo aprendible y a la magnitud de la modificación, no supone predestinación o determinismo alguno. Para la doctrina de la plasticidad, la afirmación central sobre la naturaleza humana consiste en que «nos convertimos, dentro de nuestras limitaciones genéticas, en lo que aprendemos a ser» (35). Examinemos más detenidamente estos extremos.

(34) DEUTSCH, 1960. Para una exposición del modelo de LORENZ y de DEUTSCH cfr., A. MANNING, 1972, pp. 96-101. Para el modelo psíquico, ver también KLOPFER, pp. 76-9. En este lugar se hace constar que, al menos, hay dos aspectos del modelo conflictivos y cometidos a crítica: «Primero, Hinde ha demostrado que el afán «energizador» es demasiado vago para que pudiera ser más útil que, simplemente, una muy general impresión del comportamiento. En segundo lugar, como ha apuntado Lehrman (1953) y otros, el modelo no contiene ninguna previsión para la propiocepción en el control del comportamiento. Ciertamente, es probable que el rápido cese de actos consumativos en algunos casos se debe a una carga interoceptiva procedente de los husos musculares, antes que a un agotamiento de la energía neural en circuitos definidos».

Para que se desencadene cierto tipo de conducta es menester la presencia de un estímulo-signo adecuado; pero aún hay más, ya que no hay conducta agresiva en el vacío (la «falsa rabia», en los gatos de RODRIGUEZ DELGADO, se inhibe cuando el animal se percata de la presencia de un gato amigo). En la conducta animal y humana no hay *reacción automática*, sino operaciones de *evaluación* de las variables situacionales y *respuesta acorde* a la valoración efectuada. Dados una experiencia acumulada y un estímulo que ofrezca garantías, el mecanismo innato desencadena sus estrategias (variables frecuentemente). La interacción de genes y medios está presente en todos los rasgos de conducta. Los genes influyen en la expresión de un rasgo, mientras que los genes son influidos por el medio (35 bis).

La estimulación cerebral, para R. DELGADO, puede evidentemente aumentar el estado de agresividad, pero la agresión efectiva adopta sus formas y sus desencadenamientos de forma inteligente; en ella juega un papel de suma importancia la experiencia acumulada por el organismo, así como su posición en la organización social y otros factores de orden ambiental (36). La estrecha interacción de lo innato y lo aprendido mantenido por los partidarios de la doctrina de la plasticidad, así como por los «modernos etólogos de habla inglesa», constituye, a juicio de LORENZ, una transacción con las concepciones conductistas. Pero ello es confuso y dificulta la comprensión de los diversos tipos de innatismo. *La presencia necesaria de factores ambientales desencadenantes de mecanismos a priori (limitaciones genéticas) no supone, bajo ningún concepto, la tesis conductista de la primacía absoluta del medio. Pero la aceptación del innatismo filogenético (como cuadro de posibilidades y restricciones) tampoco supone la determinación causal de conductas efectivas.* La polémica entre determinismo

instintivo y plasticidad de la conducta es una polémica dentro de las presuposiciones teóricas del *innatismo*, por lo que no es extraño que tanto unos como otros autores rechacen las teorías de WATSON y SKINNER. El conductismo es incompatible con cualquiera de las formas de innatismo.

—V—

Mediante unos comentarios al esquema que sigue a continuación procuraremos dejar de manifiesto las características que identifican las dos doctrinas en litigio: el determinismo instintivo y la plasticidad de la conducta. Estas características convierten a ambas formaciones teóricas en incompatibles entre sí.

Aún situándose ambas corrientes dentro del marco teórico del innatismo, ambas concepciones difieren, como puede apreciarse, respecto a muchas tesis e implicaciones de las doctrinas correspondientes. No es extraño que tanto una como otra vean en las posiciones *racionalistas* de CHOMSKY un apoyo y confirmación de las posiciones respectivas. Por su parte, también CHOMSKY ha visto analogías fuertes de su teoría general de la mente humana y la etología lorenziana, sin dejar de adoptar una posición crítica, que examinaremos.

La cuestión central en la polémica entre las dos doctrinas innatistas (determinismo y plasticidad) es la noción de *instinto*, como afirman ARDREY y LORENZ. Esta noción suscita desconfianza y resistencias debido a la

INNATISMO

DETERMINISMO INSTINTIVO	PLASTICIDAD CONDUCTA (HUMANA)
Lo innato como determinante causal	Lo innato no determina causalmente
Noción central: (espontaneidad del) INSTINTO	Noción central: POSIBILIDAD BIOLÓGICAMENTE CONDICIONADA (Capacidades y «facultades»).
Papel de la dotación innata en la conducta: pautas motoras fijas.	Papel de la dotación innata en la conducta: todo fragmento de conducta es mezcla de lo innato y de lo aprendido.
Universalidad de los instintos de AGRESION y TERRITORIALIDAD.	NO Universalidad de AGRESION y TERRITORIALIDAD.
Diagnóstico: MALDAD («Banda de asesinos»)	Diagnóstico: BONDAD ó NEUTRALIDAD (= permeabilidad y optimismo).
Antecedentes en la historia de las ideas: Mito del Pecado Original, Pablo de Tarso, Agustín.	Antecedentes en la historia de las ideas: Pelagio...
Posibilidades sobre el mal social: ¿aminorar? el mal, pero no erradicarlo	Posibilidades sobre el mal social: erradicación —¿remota?— de la agresión humana intraespecífica.

(35) MONTAGU, 1976, p. 187.

(35 bis) Id. p. 182.

(36) R. DELGADO, 1972, p. 149. También, p. 155. MONTAGU, 1976, pp. 168-9.

oscuridad del concepto mismo. Incluso entre los agresionistas innatos ha sido abandonada por parte de algunos etólogos (ej.: TINBERGEN). Quienes esto hacen, consideran que hay una insoluble unión entre lo innato y lo aprendido en el más minúsculo fragmento de conducta.

La noción de instinto puede redefinirse como se quiera, pero siempre que se mantenga el postulado lorenziano de la *espontaneidad del mismo*, es decir, que las pautas motoras fijas se desencadenan espontáneamente, estaremos absolutizando componentes de conducta, ya que en forma alguna se consideran relativos al medio. La acción inhibitoria del córtex parece militar contra tal noción de instinto.

¿En qué consiste la *espontaneidad de la agresión* en el hombre? La agresión forma parte de los residuos no adaptados y pertinaces en su desencadenamiento. Las innovaciones que el hombre introdujo desde sus orígenes, las bruscas transformaciones que imprimió en su forma de vida, todo ello provocó una resistencia inercial de las pautas innatas de comportamiento a adaptarse con la celeridad óptima. Tanto los residuos arcaicos como la progresiva inadaptación del «programa» han transformado al hombre en un ser ínsitamente agresivo. Los instintos de agresión y territorialidad, al no hallar forma de ejecución normal, se han transformado en doblemente peligrosos (e inútiles para la supervivencia específica). Los agresionistas innatos se niegan a admitir que la agresión intraspecífica humana sea meramente un «síntoma patológico» de nuestra cultura. La peligrosidad del instinto de agresión radica justamente en su *espontaneidad* de desencadenamiento, es decir, en no ser «reacción a determinadas condiciones exteriores». Ni el hacinamiento, ni la *Liebesverlust* (pérdida de amor), ni todas las anomalías surgidas en el contacto social, son motivos de la expansión del instinto de agresión. Los agresionistas innatos rechazan la doctrina de la plasticidad por cuanto se atribuye a ésta un modelo esencialmente reactivo de conducta: el esquema dominante en psicología, el *reflejo*, aunque eso no es así, ni hay concesiones al conductismo. La noción de la *espontaneidad* proviene de McDOUGALL y CRAIG. Los movimientos instintivos se disparan «sin estímulo externo comprobable» y según pautas motoras fijas, como sucedía al estornino de LORENZ que «cazaba» moscas inexistentes. O como ocurre a los cíclidos amarillos de las Indias Orientales, los peces madreperla del Brasil o, por lo que a hombres hace, la enfermedad polar, el cólera de las expediciones y la locura del desierto. A esta amenaza de desencadenamiento automático, añádesse un corolario del modelo psicohidráulico, a saber: un comportamiento instintivo cuya ejecución ha sido aplazada durante largo tiempo, «hace descender el valor liminal de los estímulos desencadenantes», lo cual es especialmente dramático dado que la acumulación de energía agresiva es tanto más peligrosa cuanto más lazos de afecto hay entre los miembros del grupo, dada la potente depresión de los valores liminales. La evitación de tales peligros sólo sería posible para los etólogos agresionistas redirigiendo, reenfocando los instintos. Resulta, de todas formas, francamente difícil realizar el nuevo enfoque, el de los instintos *redirected*. Frente a los más optimistas (TINBERGEN, E.-EIBESFELDT), se encuentran los más pesimistas (LORENZ), para quienes «el que no sabe o no es comprensivo, mata al amigo. Son cosas que pasan» (37).

El método empleado por ambas doctrinas para «aislar» lo innato es diferente también. Mientras que para LORENZ la dotación innata, en forma de pautas motoras

fijas, debe ser captada antes de investigar las características y magnitud de lo aprendido, para los partidarios de la plasticidad lo innato y lo aprendido están presentes de forma insoluble en todo fragmento de conducta, por muy pequeño que sea. Lo aprendido supone, para los deterministas instintivos, una «degradación» de las pautas motoras fijas, de forma que habría dos tipos de conducta: el mero desencadenamiento del «programa» innato y la degradación del mismo que da lugar a formas adaptativas. Los partidarios de la plasticidad aceptan tan sólo el segundo tipo de comportamiento y construyen *hipotéticamente* la dotación filogenética.

El diagnóstico peyorativo que los agresionistas dictaminan sobre el hombre proviene de la peculiar interpretación de ciertos datos, realizada con las lentes de la violencia y de la orgía de sangre gratuita. Muy otra es la visión de quienes, aceptando la agresión *efectiva* y a gran escala que tiene lugar en nuestra especie, consideran que el medio estimula la competencia y la violencia de forma abusiva. La estimulación y el aprendizaje de la bondad y la cooperación es mucho menor. FREUD, atendiendo a la estimulación supranormal de la conducta violenta en nuestra sociedad, escribe: «Mientras que en los comienzos de la vida del hombre sigan actuando, además de la coerción mental sexual, la religiosa y la monárquica, derivada de la religiosa, no podemos decir cómo es el hombre en realidad» (38). La observación de la conducta de los hombres no deja de ser estremecedora y puede prepararnos emotivamente para una filosofía de la agresión e incluso de la catástrofe, en la que elementos naturales y biológicos conspirarían en contra de esta especie de infatigables depredadores. Pero constituiría una miopía alarmante (fruto de una ideología fuertemente anclada) no apreciar el *enorme interés político y económico de la agresión*, de la literatura y el arte de la agresión. Los agresionistas innatos han intentado poner de manifiesto la «historia natural de la agresión»; los defensores de la doctrina de la plasticidad nos exigen no perder nunca de vista la «historia social de la agresión».

—VI—

La defensa por parte de CHOMSKY, a partir de 1965 de la hipótesis de las ideas innatas (39) y de mecanismos universales, que constituirían la *facultad de lenguaje*, ha encontrado acogida favorable tanto entre los agresionistas innatos (p.e., ARDREY) como entre los partidarios de la plasticidad de la conducta (p.e., MONTAGU). CHOMSKY, por su parte, escribe: «El estudio del lenguaje cae naturalmente dentro de la biología humana. La facultad de lenguaje, que de algún modo evolucionó en la prehistoria humana, hace posible el asombroso hecho del aprendizaje del lenguaje, mientras que establece inevitablemente los límites de los tipos de lenguaje que pueden ser adquiridos de forma normal. Interactuando con otras facultades de la mente, hace posible el uso

(37) FREUD, O. C. vol. II, p. 96 a.

(39) CHOMSKY, 1968 y 1971. En ambos textos (que son originalmente conferencias) se discuten estos tópicos con extensión.

(37) LORENZ, 1963, p. 67.

coherente y creativo del lenguaje que podemos a veces describir, pero difícilmente incluso comenzar a comprender» (40). El fundamento biológico para el aprendizaje del lenguaje, alojado en el lóbulo central de nuestra especie, proviene de un «desarrollo independiente» en la línea evolutiva del *sapiens*. «Este lóbulo —escribe ARDREY (41)— contiene los centros del lenguaje. Quizás en nuestra línea evolutiva, por razones aún desconocidas para la ciencia, hubo una mayor ventaja selectiva del circuito neural que facilitó el engranaje y la expansión del lenguaje». La *facultad de lenguaje* forma parte de una «capacidad conceptual compleja» del *sapiens sapiens*. La presión selectiva propició los circuitos neurales que se requieren para la posesión del lenguaje. Sigue siendo, no obstante, un «misterio» para la ciencia responder a la pregunta ¿en qué consistió tal ventaja selectiva?.

Los mecanismos innatos postulados por CHOMSKY «predisponen al niño para adquirir el conocimiento de un lenguaje que le permite captar la forma restringida de gramática allí implicada». Dentro de la caja negra debe, pues, incluirse las restricciones que operan sobre las gramáticas posibles (aprendibles) y un dispositivo de obtención de la gramática en cuestión. Hagamos unas precisiones a estas afirmaciones. CHOMSKY nunca ha denominado «instinto» a la facultad de lenguaje, si bien parece que la terminología implica una sustancialización semejante a la del instinto. Pero ello no es así. En CHOMSKY hay una oposición entre la *capacidad* (o *potencialidad*) a hacer algo y la *habilidad* (o desarrollo) concreta y ejercitada. Sólo heredaríamos las *virtualidades*, la posibilidad filogenéticamente adquirida y transmitida. La conducta lingüística efectiva, la habilidad real, supone un desarrollo por interacción por el medio. Podría afirmarse asimismo que la agresividad (y la bondad) están presentes en nosotros como capacidad o posibilidad de ser agresivos (o bondadosos) en determinadas circunstancias. El concurso de lo innato y de lo adquirido son imprescindibles tanto para la ejecución de actividades lingüísticas como agresivas (o bondadosas). En este sentido, MONTAGU puede afirmar que «en el *homo sapiens* la agresión en cuanto tal es un rasgo tan poco heredado como el lenguaje» (42).

Pero hay algo más que no puede ser pasado por alto. Y es que cuando CHOMSKY recurre al vocablo «facultad» lo hace asistido por algunas razones que conviene recordar. Por un lado, lo que postula en la mente no es algo pasivo o potencial, sino una capacidad activa y generatriz, como lo viene haciendo la filosofía de la mente desde el siglo XVII. Por otro lado, la dificultad de explicar el rápido aprendizaje de una lengua por el niño ante el que se han exhibido escasas muestras de lenguaje (y, por lo general, de mala calidad) le han impulsado a añadir determinaciones y restricciones a la caja negra. Volveremos sobre ello, pero ahora examinaremos la *ampliación* que de las determinaciones y restricciones de la facultad de lenguaje hace CHOMSKY a la mente toda.

(40) CHOMSKY, 1976, p. 123.

(41) ARDREY, 1976, p. 195.

(42) MONTAGU, 1976, p. 192.

La hipótesis de las ideas innatas de CHOMSKY se entronca con la tradición cartesiana (antiempirista) y con autores como KANT, PEIRCE y, contemporáneamente, LORENZ. KANT adjudica a lo apriori el papel de lo formador-organizador de la experiencia. Nuestra dotación epistemológica contiene elementos «previos» a la experiencia. PEIRCE propone la noción de *abducción*, entendiéndolo por ello unos dispositivos mentales de cuya operación resultan ciertas creencias naturales verdaderas. La abducción sería la operación de la mente formuladora de hipótesis adecuadas, de una u otra forma, al mundo (y ello es posible, aunque esta justificación pueda resultar irrelevante, debido a que la mente se rige por las mismas leyes que el resto del universo y de esa *simpatía* surge la posibilidad y efectividad de la abducción). CHOMSKY arguye en favor de PEIRCE que podrían construirse a voluntad ingenios que «explicaran» los mismos datos recogidos por nuestro aparato cognitivo, pero de forma «arbitraria» y «absurda» y no «natural» ni «adecuada». El concepto de abducción se emparenta estrechamente con el mecanismo evaluador de gramáticas rivales que posee el niño al enfrentarse a los hechos de la lengua. La abducción también se aproxima a los *patterns of discovery* de HANSON (43).

(43) El concepto de *abducción* —traducción del término griego ἀπαγωγή— se encuentra en el escrito de PEIRCE «The Logic of Abduction», en V. THOMAS (ed.) *Peirce's Essays in Philosophy of Science*. N. York, Liberal Arts Press, 1957. También se encuentra recogido en otros lugares. Habría, para PEIRCE, en el hombre una «adaptación natural» de la mente que le impulsaría a y le permitiría concebir teorías correctas de una cierta forma, sin la cual no habría conocimiento alguno. En CHOMSKY, 1976, pp. 155 y ss. se examina favorablemente la propuesta de PEIRCE. Podría afirmarse especulativamente que una caracterización de las hipótesis *admisibles* proporcionará el contenido sustantivo de toda teoría adecuada (op. cit., p. 206). Esta teoría, reformulada, no repugna a las opiniones comunes compartidas por los psicofisiólogos y biólogos. En efecto, la teoría de la abducción o el esquematismo de nuestra mente en KANT, son nociones que suponen que «puede haber principios innatos de la mente que, por una parte, hacen posible la adquisición de conocimiento y creencia y, por otra, determinan y limitan su alcance».

Cfr. J. MONOD, *Le hasard et la nécessité. Essai sur la philosophie naturelle de la biologie moderne*. Paris, Editions du Seuil, 1970, p. 150. HANSON identifica sus *patterns of discovery* con la abducción. Ver HANSON, 1950. En la p. 184 de esta obra puede leerse: «Todas las ideas de la ciencia llegan por el camino de la abducción. La abducción consiste en estudiar los hechos e inventar una teoría que los explique. Su única justificación reside en que si hemos de llegar a entender las cosas, deberá ser de esta forma».

CHOMSKY, 1968 se refiere a los trabajos de EDEN, SCHÜTZENBERG y GAVADAN en *Mathematical challenges to the neo-Darwinian interpretation of Evolution*. Wistar Symposium Monograph, No. 5 (June, 1967) y en la n. 26 de la 3ª parte escribe: «Se ha sostenido sobre base estadística —mediante la razón de mutación conocida con el número astronómico de imaginables modificaciones de los cromosomas y sus partes— que esas leyes deben existir y deben restringir necesariamente en una medida considerable las posibilidades realizables». Diversos estudios realizados por biólogos apoyarían estos asertos (estudios en torno a la construcción del espacio vital, sobre nuestro concepto del espacio y lugar que ocupan en él los objetos, etc.). En CHOMSKY, 1976, p. 124, se cita a G. STENT (quien, a su vez, cita a LORENZ), para quien los puntos de vista darwinianos ofrecen un «apoyo biológico» a un tipo de epistemología kantiana, fuertemente restrictiva, que supone una «barra al ilimitado progreso científico». En base a ello mismo, STENT postula la existencia de una «limitación epistemológica fundamental para las ciencias humanas» (STENT, 1975. «Limits to the Scientific Understanding of Man». *Science* 187: 1052-57).

Para KANT es posible conocer y detectar los mecanismos aprióricos, las formas epistemológicas innatas. Es posible una ciencia de lo apriori. PEIRCE se muestra reticente sobre el particular, aunque considera deseable una ciencia de la abducción. LORENZ, por su parte, cree que es posible una ciencia «pura», independiente de toda experiencia, de las formas innatas del pensamiento. En general, la ciencia de lo instintivo coincide con la historia natural de los instintos. Las predisposiciones filogenéticas (no vistas por la miopía de HUME) consistirían en diferenciaciones hereditarias del sistema nervioso central. Cargar todo el peso sobre lo *a posteriori* es un craso error. «La adaptación de lo apriori al mundo real no se ha originado en la «experiencia» en mayor medida que la adaptación de la aleta de pez a las propiedades del agua». Los organismos poseen «limitaciones específicas de las formas de experiencia posibles para ellos» (44).

Pero la aceptación de estas posiciones «kantianas» en el joven LORENZ, no hacen de CHOMSKY un seguidor acríptico del etólogo vienés, si bien la insuficiencia de la crítica es grande. Los «excesos» de los agresionistas innatos le hacen objetar: «Debemos expresar una reserva prudente con relación a LORENZ, ahora que ha sido discutido por Robert ARDREY y Joseph ALSOP y se ha hecho famoso en calidad de profeta del desastre. Me parece que las ideas de LORENZ sobre la agresividad humana han sido llevadas por algunos de sus expositores hasta extremos que bordean el absurdo». Las reservas sobre la obra del máximo exponente del agresionismo innato y de sus epígonos es *tibia*, ya que ignora las concepciones antropológicas del mismísimo LORENZ, atribuyéndolas a epígonos y vulgarizadores. La crítica debe ir mucho más lejos: hay que rechazar el modelo psicohidráulico y, consecuentemente, la noción de espontaneidad del instinto y su autonomía. Tras eso, la agresión intraespecífica requiere otros tipos de explicación. (Cosa que, sin duda, CHOMSKY acepta, pero no lo explicita como debiera).

La crítica social y política a las implicaciones de las ideas agresionistas es similar a la que anteriormente apreciábamos en FREUD y que es, sin duda, muy justa: «Adoptar una actitud escéptica es sin duda lo más correcto cuando una doctrina acerca de la «intrínseca agresividad» del hombre aflora en una sociedad que glorifica el espíritu de competencia, en una civilización que se ha distinguido por la brutalidad de los ataques que ha llevado a cabo contra pueblos menos afortunados» (45).

Sin desdecirnos nada de lo anterior, seguimos considerando de sumo interés las especulaciones e investigaciones de los etólogos. Interés epistemológico y práctico, por cuanto se preocupan por las limitaciones específicas de las formas de experiencia posibles; interés psicológico, ya que tienden a trazar barreras e interacciones entre lo innato y lo aprendido en la conducta. No obstante, todavía la etología está muy lejos de ofrecer ideas y métodos de relevancia para contribuir de forma eficaz a una teoría de la naturaleza humana (46).

(44) CHOMSKY, 1962 cita un trabajo «juvenil y poco conocido»: LORENZ, 1941. Cuadernos *Teorema*, Departamento de Lógica y Teoría de la Ciencia, Universidad de Valencia, ha prometido en breve una traducción de este ensayo.

(45) CHOMSKY, 1968, p. 153.

Dos equívocos suelen ser suscitados cuando se habla de las doctrinas generales de CHOMSKY sobre la naturaleza humana. El primero de ellos es suponer que la lingüística generativo-transformacional rechaza la teoría de la evolución, incurriendo ésta en formas claras de «idealismo», «dualismo metafísico» o «emergentismo». Quienes mantienen esta opinión sobre CHOMSKY y sus seguidores negligén un problema metodológico de facto que las ciencias humanas no pueden soslayar. El segundo equívoco juzga que el rechazo del conductismo aproxima al lingüista americano a las tesis del determinismo innato; las nociones de «facultad», «restricciones» y similares irían en este sentido. Este segundo equívoco mezclaría dos niveles de polémica, como veremos en seguida.

TINBERGEN (47), a pesar de considerar de gran importancia la biología y la etología para las investigaciones antropológicas, ha visto muy bien las dificultades metodológicas que surgen en estas cuestiones. Por de pronto, las hipótesis sobre la naturaleza y contenido de la *caja negra* se formulan mediante generalización inductiva y de forma *indirecta*, es decir: partiendo de las indicaciones de los *informantes* para formular hipótesis sobre su naturaleza filogenética. Reconoce asimismo la *gran distancia* entre el hombre y el resto de los animales, cuestión que en ocasiones queda oscurecida por conductistas y algunos representantes del determinismo instintivo. A ello viene a añadirse la dificultad de distinguir en la práctica investigativa entre *semejanzas* genuinas y *convergencias* evolutivas y la no disponibilidad actual de una *terminología uniforme* para los estudios comparativos. La *biología comparada del comportamiento* ofrece un prometedor campo, pero plagado de dificultades de monta.

En todos los estudios lingüísticos y antropológicos en general deberíamos distinguir dos tipos de cuestiones. La clasificación de ambas contiene sin duda una «apreciación subjetiva», pero su utilidad está fuera de duda, a nuestro juicio. Distingamos entre «problemas» y «misterios». Los *problemas* son cuestiones planteadas de tal forma que son, por lo general, bien comprendidas. *Misterios*, por el contrario, son cuestiones que nos resultan oscuras desde la primera vez que se formularon. Las investigaciones de las

(46) LORENZ, 1965, p. 29. «La etología pierde su carácter de ciencia biológica si se olvida el hecho de que la adaptación existe y requiere una explicación». Lo que para el etólogo vienés supone que el aprendizaje y cualquier otra alteración de comportamiento beneficiosa para la supervivencia está en función de un conjunto específicamente organizado y programado de elementos neurales (lo que constituye la dotación innata).

(47) TINBERGEN, 1973, p. 174. Distingue dos sentidos del término «único»: 1º. Supone el primer sentido que el hombre posee *diferencias fundamentales* respecto a los animales. 2º. Este segundo sentido «más absoluto» supone que «la laguna entre él y los demás animales no se puede llenar, es algo totalmente nuevo». MOSCOVICI, 1972 es un exhaustivo alegato contra la legitimidad del sentido «absoluto» del término, oscureciendo la validez de un uso que subraye la diferencia específica (nunca mejor dicho).

La definición de *semejanzas* es: similitudes que proceden de un origen común. Entiéndase por *convergencias* las similitudes sin origen común, i. e., meros resultados fortuitos que desembocan en órganos o conductas parecidas.

que cabe esperar explicaciones más controlables y adecuadas, son las que versan sobre problemas.

Pues bien, dilucidar el desarrollo evolutivo del *sapiens* constituye un «misterio total» para la ciencia. Hay una incapacidad importante en nuestros conocimientos sobre la formación de la compleja peculiaridad del entendimiento y, por ende, de nuestra capacidad lingüística, íntimamente asociada a aquél. Esta vía de acceso a la naturaleza de la mente y del lenguaje no nos llevará más que a analogías con otras «mentes» o «inteligencias» y con otras semióticas cualitativamente diferentes. El programa de investigación transitable y fecundo discurre al margen de la teoría de la evolución, puesto que «es ocioso especular sobre las leyes del aprendizaje antes de que tengamos alguna indicación acerca de la clase de conocimientos que se pueden obtener; en el caso del lenguaje, alguna indicación acerca de las restricciones que valen para el conjunto de las gramáticas posibles» (48).

Frente al misterio de la formación evolutiva del cerebro humano del lenguaje, nos encontramos con el problema de qué cosa sea una gramática, es decir, de qué es lo que es capaz de aprender ese privilegiado cerebro. Si se poseen ideas correctas sobre la naturaleza de los lenguajes (sobre la gramática universal), podremos posteriormente plantearnos cómo el *sapiens* ha adquirido a lo largo de la evolución esa capacidad genuina y, quizás, otras de orden cognitivo general (49). El otro camino, el del estudio evolutivo del lenguaje, centrándonos en esta capacidad, es inviable porque hay una carencia de material empírico de la hipótesis evolucionista en este aspecto concreto. MARSHALL (50) expone de forma radical una argumentación que es tópica entre los generativistas. Es inadecuado apreciar la evolución entre las lenguas que conocemos, ya que es inaceptable hablar de lenguas «primitivas» o menos evolucionadas. A lo sumo podrá hablarse de «lenguas complejas habladas por pueblos de tecnología primitiva». Todas las lenguas no familiares están conformadas con una complejidad tan rica como cualquiera de nuestras lenguas familiares. Por otra parte, hay un verdadero abismo (no reducible a cantidad) entre las zoosemióticas y los lenguajes naturales humanos. Veamos esto con más detenimiento.

(48) CHOMSKY, 1968, p. 155.

(49) La importancia de las zoosemióticas y del aprendizaje de fragmentos de lenguaje humano entre los primates es, a todas luces, básica para el problema que nos ocupa. A pesar de los escasos éxitos obtenidos en el empeño, «no sería legítimo descartar *apriori* la posibilidad de un éxito futuro». MARSHALL, en LYONS, 1970, p. 243.

(50) TOULMIN, 1972, p. 456 se muestra optimista respecto a las posibilidades de una biología del lenguaje para dilucidar cuestiones evolutivas; si bien ello no es posible por ahora, el descartarlo de los objetos de interés puede introducir dificultades en las doctrinas de la lingüística generativo-transformacional, dificultades fácilmente superables si se adopta un innatismo débil, es decir, no «unitarista». Esta biología del lenguaje sería la encargada de «que una capacidad genuinamente lingüística, que supone la comprensión completa y unitarista de la gramática profunda, puede sin embargo presentar analogías con la capacidad perceptual de los animales y hasta, quizá, ser un desarrollo evolutivo de ella». SANCHEZ DE ZAVALA, en el prólogo a su compilación de 1976, p. 7, rechaza la opinión de que toda investigación sobre los orígenes del lenguaje en seres más sencillos sea ociosa, denunciando «una especie de prohibición de investigar por ciertos terrenos de enorme importancia antropológica, si bien inciertos y fronterizos, pero que nada permite asegurar que hayan de ser estériles». Consultar también nota 56.

Entre las zoosemióticas y los lenguajes naturales no hay comparaciones relevantes a hacer. Explicar éstos por aquéllas es un reduccionismo que trivializa hechos fundamentales del lenguaje. Sólo el ser humano se comunica con formas lingüísticas genuinas. En efecto, si entendemos por zoosemióticas los comportamientos sociales específicos a base de señales informativas, apreciaremos que no son analizables estructuralmente en los constituyentes habituales o en alguna forma similares de las oraciones de los lenguajes naturales. Entre los animales, las nociones de «comunicación» e «información» parecen confundirse y no hay indicios de peso para pensar que puedan ser distinguidas acertadamente. Todo suceso o acto es «informativo» si desencadena regularmente respuestas del mismo tipo (fuga, por ejemplo). Hay una gran variedad de señales informativas: visuales, acústicas (51), químicas («feromonas»), táctiles, olfativas, etc. Su amplísima variedad hace que sea harto problemático elaborar una teoría que dé cuenta de sus múltiples funciones de forma sistemática (52). Por otro lado, las zoosemióticas son rígidas y estereotipadas y están bajo control estimular externo y de motivaciones internas al organismo. En el hombre las cosas ocurren muy de otro modo. Por de pronto, no cabe la identificación entre «información» y «comunicación». Cualquier evento o acto que proporcione datos a un observador sobre un organismo, es algo informativo (rubor, tos, etc.). La comunicación requiere *sine qua non* la existencia de intención de vehicular «información» del tipo que sea. Para que tal dicotomía pudiera establecerse en los animales, tendríamos necesidad de «criterios que indiquen que un animal reconoce que su comportamiento influenciará el comportamiento de otro animal y tiene la intención de que así ocurra» (53).

Roto el fundamento empírico de la teoría de la evolución por lo que respecta al lenguaje, surge la pregunta de cómo podrá abordarse el problema del estudio del desarrollo del lenguaje y si es o no posible éste. Hay dos propuestas viables y fecundas: la de K. BÜHLER —el estudio de la génesis y formación del lenguaje en el niño; o bien, la que propone R. JAKOBSON— el estudio de las diversas patologías relacionadas con el lenguaje (54). De tales investigaciones podemos extraer dos consecuencias bien fundadas.

(1) La secuencia fija e intercambiable de los estados que se suceden en la maduración del conocimiento de la lengua, suscita la idea de determinaciones biológicas filogenéticamente transmitidas. La recuperación del habla en enfermos de diversa índole, con afectación del lenguaje, obedece a las mismas pautas de desarrollo que en el niño normal.

(2) La existencia de un período crítico fuera del cual el aprendizaje deviene imposible, apoya de forma incontro-

(51) Diversos trabajos etológicos han puesto de manifiesto que los gritos de alarma (seis, aproximadamente) del *Cercopithecus Pygerythrus* no corresponden a «nombres de carnívoros», sino que son tan sólo expresión de la intensidad emocional provocada por la presencia de esos otros animales que suponen alguna forma de peligro.

(52) MARSHALL, op. cit., p. 245.

(53) Id., p. 247.

(54) Id., pp. 249-51.

vertible la opinión de que la experiencia constituye un desencadenante imprescindible.



Volviendo a nuestro anterior tema (determinar las íntimas relaciones entre las concepciones de CHOMSKY y las de la doctrina de la plasticidad de la conducta), cabría preguntarse si no debemos asignar a aquél la etiqueta de determinista instintivo o algo semejante. La respuesta es no. La noción de instinto y de espontaneidad del mismo es, como hemos dicho ya, ajena al lingüista americano. La doctrina del instinto de agresión provoca un escepticismo (al que hemos calificado de «tíbio») en CHOMSKY. No obstante, una pequeña cuestión de léxico podría inducirnos a confusiones. En unas declaraciones de éste se afirmaba lo que sigue: «Me gustaría suponer en el terreno de lo real, y sobre la base de la esperanza en la especie humana, que existen estructuras mentales innatas. Si no las hay, *si los humanos son organismos puramente plásticos e informes*, entonces son los objetos ideales para el moldeamiento de la conducta. Si los humanos sólo llegan a ser lo que son mediante cambios incontrolados, ¿por qué no controlar entonces ese azar a través de la autoridad estatal, o del tecnólogo conductista, o cualquier otro medio?. Naturalmente, espero que se demostrará que hay estructuras internas que determinan la necesidad humana y la satisfacción de la necesidad humana» (55). (El subrayado es nuestro. J.U.). El término «plasticidad» está usado en dos sentidos diferentes y no relacionados cuando decimos, por un lado, que se cree que «el hombre no es un organismo puramente plástico» y, por otro, cuando hablamos de «la doctrina de la plasticidad de la conducta humana». El primer sentido extrae su contenido de la polémica Conductismo-Innatismo, mientras que el segundo extrae su contenido de la polémica (subordinada) Determinismo instintivo-Plasticidad de la conducta. La «no-plasticidad», en el primer sentido, implica la afirmación de esquemas o estructuras mentales innatas. La «plasticidad», en el segundo sentido, supone el abandono de la noción de la espontaneidad del instinto, del modelo psíquico de motivación, de la agresividad innata y sus corolarios. Que esto es así lo pone de manifiesto el mismo CHOMSKY cuando afirma que la verdadera creatividad es «la acción libre dentro del marco de un sistema de reglas». A lo que añade: «La cuestión de la creatividad sólo surge cuando se combina la libertad y la necesidad» (56).

(55) CHOMSKY, 1969.

(56) TOULMIN, en la op. cit., sostiene que las doctrinas de CHOMSKY son conciliables con una forma débil de innatismo, forma que, por cierto, tiene ventajas de peso. El nativismo débil haría que la lingüística generativo-transformacional se aproximara teóricamente más a la doctrina de la plasticidad. El innatismo fuerte se aproxima peligrosamente a las más extremas tesis del primer LORENZ, es decir, a las formas más crudas del determinismo instintivo. Mientras que la tesis innatista fuerte considera la «capacidad lingüística» como algo «unitario» que, o se posee *totalmente* o no se posee en absoluto. No es difícil aducir hechos que ponen en entredicho tal posición. La tesis innatista débil, por el contrario, acepta que el resultado (ejecución) «es prueba indiscutible de una capacidad innata sumamente específica». Pero añade: «sin embargo, la conducta resultante es de forma más precisa y detallada que la propensión heredada de la que es expresión o que las estructuras fisiológicas que presumiblemente subyacen en esa propensión» (p. 465). De forma que las «propensiones innatas» generales se expresan concretamente cuando se aplican a los problemas concretos que la realidad plantea. El innatismo débil tiene la ventaja (no pequeña) de ser conciliable con el

Las doctrinas de la plasticidad de la conducta humana rechaza una «plasticidad-1» en cuanto maleabilidad total de la conducta debido a la inexistencia de mecanismos innatos y afirma una «plasticidad-2» en cuanto a la no-determinación instintiva sobre la conducta humana, la estructuración indeterminista de la mente humana y la necesidad de la experiencia como desencadenante imprescindible (al menos).

—IX—

Los agresionistas innatos, cuando hablan prospectivamente, suelen ser, por lo general, abiertamente pesimistas. Su pesimismo se fundamenta en lo ineludible, en lo que perentoriamente tiene que pasar. Cuando recurren a invocar la *responsabilidad crítica*, conceden a ésta una efectividad cero. La razón es incompetente para regir los actos humanos. Su poder se reduce a la provisión y consecución de *medios* para la obtención de ciertos objetivos, si bien éstos no se determinan racionalmente. La razón es comparable a «una computadora a la que no se hubiera dado ninguna información relevante para obtener una respuesta importante» (57). Los fines están dados de antemano (suponemos que) por las pulsiones instintivas innatas y las presiones de grupo, a las que el individuo no puede sustraerse. La dictadura del rebaño cierra (socialmente) lo que estaba casi cerrado (instintivamente). Pero es que también lo social se asienta sobre bases biológicas. LORENZ postula un *instinto gregario autónomo*, por si faltaban peyoraciones sobre la imagen del *sapiens sapiens*. Esta necesidad instintiva coloca en primer lugar la urgencia de pertenecer a un grupo cohesionado y en segundo lugar los ideales sustentados por el grupo y su valor intrínseco (58). La colaboración y el ensayo colectivo son actividades ilusorias. La argumentación no es pertinente; tan sólo es lícito recurrir a ella para pronosticar el ineludible desastre. LORENZ expresa sin reticencias sus puntos de vista cuando escribe: «La humanidad no es belicosa y agresiva por estar dividida en grupitos, políticos o de otra índole, enemigos unos de otros, sino que está dividida de ese modo *porque así balla preparada la situación estimulante necesaria para la manifestación de la agresividad social* y el entusiasmo militante» (59). Los deterministas instintivos recurren a la dotación innata con el fin de explicar fatalísticamente la conducta humana (e incluso justificar «científicamente» la barbarie).

Por el contrario, la doctrina de la plasticidad de la conducta humana niega la posibilidad de condicionamiento absoluto de los conductistas y modificadores de la conducta así como la inevitable tiranía de los instintos de agresión y territorialidad (y el instinto gregario). PICO de la MIRANDOLA, en su *Oratio de Hominis Dignitates*, tras afirmar que la naturaleza humana es un microcosmos, una reunión en sí de todas las esferas del ser, hace a la divinidad decir a Adán: «No te he dotado ni de un lugar *determinado* (y con determinadas tesis pragmáticas de WITTGENSTEIN. K. BÜHLER es una muestra de tal conciliación) (de innatismo y funcionalismo).

(57) LORENZ, 1963, p. 276.

(58) Id., p. 301.

(59) Id., p. 308.

minado, ni de aspecto propio, ni de virtud concreta alguna, porque el lugar, características y virtudes que desees, han de venir dados por tu propia decisión y consejo» (60).

Cuantas ideologías desemboquen en la «justificación» de la agresión intraespecífica humana o hagan del hombre un mero objeto de planificación y control, están efectuando la apología del actual estado de cosas y bendiciendo o consintiendo tiempos peores. De cualquier forma, la doctrina de la plasticidad no combate las ilusiones con ilusiones «mejores», ni se deja fascinar por optimismos ciegos, beatos. Es, por el contrario, conciliable con ciertas formas de *pesimismo moderado* (o pesimismo a secas), ya que, aunque la naturaleza humana posea mecanismos innatos que impidan la *total modificación* de las conductas, aunque el innatismo de la agresión sea un mito, la magnitud del dominio y las dimensiones de la impostura de los *Big Brothers* es tal que pueden inclinarnos a ciertas formas de pesimismo, pero nunca de ineluctabilidad. Para evitarla, se deberá, como reza el lema que encabeza este escrito, captar al hombre no sólo como *substancia*, sino también y fundamentalmente como *sujeto*. ¿Qué quiere decirse con ésto?. Al menos, lo siguiente:

(a) Se capta al hombre sólo como sustancia cuando, tras la máscara de la no-objetividad y la no-neutralidad de la introspección humana y de la información en general que el hombre proporciona sobre sí mismo, se pretende hacer el etograma del animal más «locuaz» como si fuera mudo. Por el contrario, debe establecerse que lo que un hombre o grupo quiere o busca suele, son una cierta frecuencia, ser obtenido. El hombre es un informante de valía sobre sí mismo. Hay procedimientos y controles críticos para no *fiarse* de lo que alguien está diciendo sobre sí, pero *beneficiarse informativamente* de lo dicho. Captar al hombre como sujeto requiere prestar una atención crítica a lo que sobre sí mismo ha dicho, en cuanto individuo y en cuanto grupo.

(b) Los agresionistas innatos han negligido las formaciones sociales, a las que, como hemos visto, conceden importancia secundaria. Es la sustancia instintiva humana la que da forma y significado a la organización colectiva, para los partidarios del determinismo instintivo. Considerar al hombre como *autor* de las formaciones sociales (y, en consecuencia, como posible enmendador). No sólo la estimulación supranormal en favor de la violencia y la agresión, ni siquiera la elaboración icónico-lingüística de los *mass media*, sino la misma organización social se asienta sobre bases que favorecen y provocan una amplia gama de conductas agresivas.

(c) LORENZ rechaza la sociedad actual, pero su rechazo no camina en el sentido de la plasticidad y el pluralismo, sino en el del regreso, en el de la *involución*. El paraíso terrenal era el lugar natural en el que el hombre podía satisfacer sus instintos de territorialidad-agresividad de forma adecuada. Los cambios rápidos han situado al hombre en un estado de inevitable desajuste. La doctrina

de la plasticidad rechaza esta concepción para oponer otra que defiende, por un lado, la necesidad *aún* de muchos cambios rápidos y, por otro, la posibilidad de no sucumbir necesariamente ante ciertos desajustes que *de facto* han surgido y surgirán. Las *resistencias* ideológicas a estas opciones son índice de la lamentable idea de que la sustancia humana está afectada por ciertos «errores» y desajustes evolutivos y, por consiguiente, queda abolido el sujeto capaz de ingeniar rectificaciones saludables, satisfactorias y productivas (61).

(d) La comprensión del hombre como «materia» a moldear por la tecnología de la conducta es una captación del hombre sólo como sustancia, como lo dado. Pero esta postura es contradictoria, ya que la ley universal no se cumple, pues hay un pequeño grupo no-«material» que se salva: el grupo de los modificadores —sólo ellos— son sujeto. Esta concepción es antigua. PLATON la expuso magníficamente y con todo el cinismo que se requiere. Esta ideología de la bipartición mecánica de la sociedad suprime la *conciencia* y la *subjetividad* en la mayoría de los humanos, para colocarlas en *otro* lugar («arriba»): en la jerarquía de los *Big Brothers*. En ocasiones (y siempre con fines represivos) se sitúan la conciencia y la subjetividad «abajo», en los cenáculos de la subversión y de la disidencia. La ideología de la bipartición fue denunciada por BAKUNIN: por un lado, las «máquinas sabias» y, por otro, la mayoría de los «instrumentos ciegos» (62). La doctrina de la plasticidad 1º sitúa la subjetividad en todos los niveles, y 2º adjudica a la mayoría la posibilidad del proyecto de abolición de los *dos grupos*.

(e) La futurización y la prospectiva basada en la filogénesis *entrampada*, la del *sapiens*, sólo produce el efecto de la *reconciliación* (en ocasiones, militante) con el desastre. Una reconciliación con lo que se es de hecho. Muy otra es la posición que se desprende de la doctrina de la plasticidad: denunciar las ideologías y las realidades del desastre como *socialmente* heredadas y no biológicamente determinadas. Consecuentemente, los intentos racionales de *redirección* son válidos y viables en la unión de la teoría y de la práctica.

(f) Tanto la creencia en la permeabilidad total de la conducta como el determinismo instintivo tienen los mismos resultados teóricos y prácticos: convertir al hombre en una *sustancia* pasiva en manos de los tecnólogos de la conducta o del fatalismo con raíces biológicas. No sólo justifican la *manipulación*, sino la sumisión a ella.

(g) A la tesis central del determinismo instintivo (la agresión es un mal inscrito en nuestra naturaleza), opone la doctrina de la plasticidad las siguientes precisiones: 1. «agresión» es un término multívoco que es empleado por ciertos etólogos para aplicarlo a gran variedad de conductas; 2. las conductas de agresión violenta (intencional o

(60) Esta cita la he tomado del libro antología de Darío REI, *La revolución científica. Ciencia y sociedad entre los siglos XV y XVII*. Barcelona. Icaria Editorial, 1978, p. 45.

(61) Oskar K. MAERTH, en un libro traducido hace algo más de un lustro por Barral, Barcelona, sostiene de forma que sorprende por su carencia de fundamento y por su sistemático vicio de interpretación de datos, que en el orto del *sapiens* se encuentra el error biológico, la alteración maléfica. La obra se titula *En el principio era el fin*, y es hartamente aconsejable para el empedernido amante de disparates.

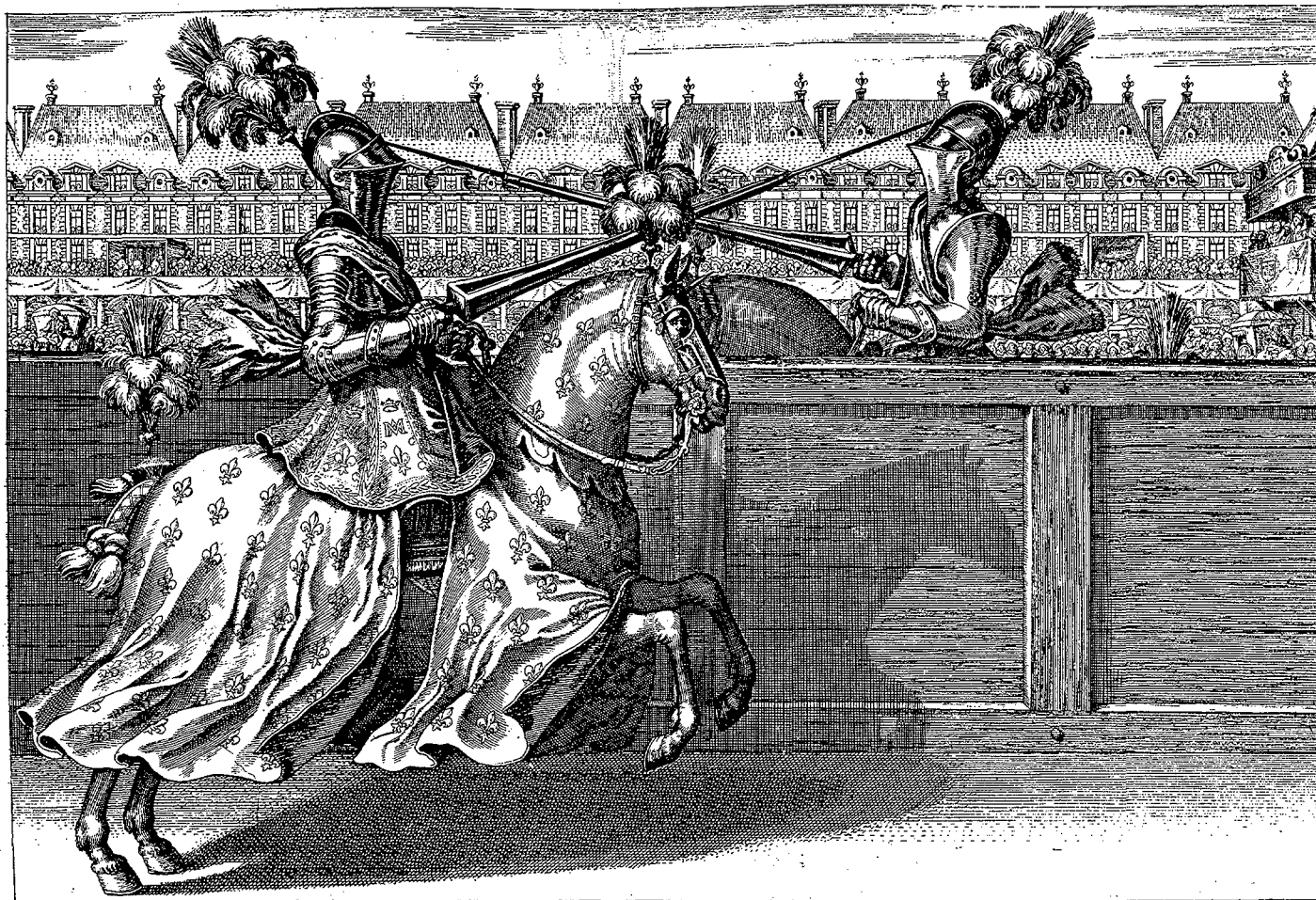
(62) BAKUNIN, *L'organisation de l'Internationale* (1872). Genève, Edition du Réveil, 1914.

no) son un resultado de lo innato tanto como de lo aprendido. Un mismo mecanismo innato frente a otros datos a procesar no produciría como salida, necesariamente, agresiones colectivas y asesinatos.

(h) La opinión de LORENZ de que las ideas «democráticas» e «igualitarias» ocultan el hecho de que ya la cuna es una evidencia de nuestras desigualdades, amén de su descarado tufo autoritario y elitista, es un puro despropósito malintencionado, ya que un organismo humano no es un objeto ni una sustancia dada de una vez por todas (aunque eso no suponga que es impropio hablar de la «naturaleza humana»), sino un *fieri* acorde con las posibilidades de conocimiento y conducta innatamente dadas y con las condiciones ambientales y de aprendizaje en las que se lleva a cabo el «rodaje» de la dotación filogenéticas.

La polémica está lejos de finalizar. No termina porque ambas doctrinas (determinismo y plasticidad) son trasunto en un área concreta de las ciencias humanas de

una disputa filosófica que puede reaparecer en campos diversos y de diversas formas. De manera menos general, la polémica no termina en etología, antropología, y demás ciencias humanas, porque hay gran cantidad de problemas para tratar y todavía no se han sugerido todas las hipótesis que los datos autorizan, ni con el rigor deseable. El que, en última instancia, la polémica sea una ejemplificación de una disputa filosófica de larga vida, trae a las mentes el juicio de que se trata de un problema esencial para el autoconocimiento, para la comprensión de la naturaleza humana, no sólo como *sustancia*, sino fundamentalmente como *sujeto*. La doctrina de la plasticidad de la conducta humana se limita a afirmar, por decirlo de forma sumaria, que el hombre *no* tiene por qué estar condenado al sometimiento a los modificadores, *ni* a la guerra total, porque no hay argumentos plausibles que sustenten ambas posibilidades, siendo así que hay datos relevantes que permiten con holgura hipótesis diferentes al *conductismo* y al *determinismo instintivo*. Si se ha logrado mostrar de una forma inteligible lo que se acaba de afirmar es que los propósitos del texto están justamente realizados.



BIBLIOGRAFIA

- R. ARDREY; *African Genesis*. N. York, Atheneum Publishers.
- R. ARDREY; 1961: *African Genesis*. N. York, Atheneum Publishers.
- 1966: *The Territorial Imperative*, N. York, Atheneum Publishers.
- 1970: *The Social Contract*, N. York, Atheneum Publishers.
- 1976: *The Hunting Hypothesis - A Personal Conclusion concerning the Evolutionary Nature of Man*, London, William Collins Sons & Co. Ltd. (Hay trad. cast.: 1979. Madrid, Alianza Editorial).
- N. CHOMSKY, 1968: *Language and Mind*, N. York, Harcourt. (Hay trad. cast.: 1971. Barcelona. Seix y Barral).
- 1969: «Linguistics and Politics», entrevista publicada por la *New Left Review*. London. (Hay trad. cast.: 1971. Barcelona Anagrama).
- 1971: *Problems of Knowledge and Freedom, The Russell Lectures*. Cambridge (Mass.). Pantheon Books. (Hay trad. cast.: 1972. Barcelona. Ariel).
- 1976: *Reflections on Language*, Glasgow. Fontana/Collins.
- J.A. DEUTSCH, 1960: *The Structural Basis of Behaviour*, Cambridge University Press.
- I. EIBL-EIBESFELDT, 1973: *Der vorprogrammierte Mensch - Das Ererbte als bestimmender Faktor im menschlichen Verhalten*. Wien-München-Zürich. Verlag Fritz Molden. (Hay trad. cast.: 1977. Madrid. Alianza Editorial).
- N.R. HANSON, 1958: *Patterns of Discovery. An Inquiry into the Conceptual Foundations of Science*. Cambridge University Press. (Hay trad. cast.: 1977. Madrid. Alianza Editorial).
- P.H. KLOPFER, 1973: *An Introduction on Animal Behaviour*, New Jersey. Prentice-Hall, Inc. Englewood Cliffs. (Hay trad. cast.: 1976. México. F.C.E.).
- K. LORENZ, 1941: «Kant's Lehre von apriorischen in Lichte gegenwärtiger Biologie», *Blätter für Deutsche Philosophie*, XV (94-125).
- 1950: «The comparative method in studying innate behaviour patterns». *Symp. Soc. exp. BIOL.*, (4221, 68).
- 1963: *Das Sogenante Böse*, Wien. Dr. G. Boetha-Schoeller Verlag. (Hay trad. cast.: 1976. *Sobre la agresión. El pretendido mal*. Madrid, Siglo XXI. Eds. Cito por la 4ª ed.).
- 1965: *Evolution and Modification of Behaviour*, Chicago, Chic. Univ. Press. (Hay trad. cast.: 1976. México, Siglo XXI. Cito por la 4ª ed.).
- A. MANNING, 1972: *An Introduction to Animal Behaviour*, London. Edward Arnold Publishers, Ltd. 2ª ed. (Hay trad. cast.: 1977. Madrid. Alianza Editorial).
- J.C. MARSHALL 1970: «Biología de la comunicación en el ser humano y en los animales», recogido en J. LYONS, 1970: *New Horizons in Linguistics*. Harmondsworth, Middlesex. Penguin Books, Ltd. (Hay trad. cast.: 1975, Madrid, Alianza Editorial).
- Ashley MONTAGU, 1952: *Darwin, Competition and Cooperation*, N. York. Henry Schuman.
- Ashley MONTAGU, 1952: *Darwin, Competition and Cooperation*, N. York. Henry Schuman.
- 1956: *The Biological Nature of Man*, N. York. Grove Press.
- 1973: (comp.) *Man and Agression*, N. York. Oxford University Press. Galaxy Books. 2ª ed.
- 1976: *The Nature of Human Agression*, Oxford University Press, Inc. (Hay trad. cast.: 1978. Madrid. Alianza Editorial).
- S. MOSCOVICI, 1972: *La société contre Nature*, Paris. Union Générale d'éditions. (Hay trad. cast.: 1975. México, Siglo XXI Eds.-.
- glo XXI Eds.).
- J.M. RODRIGUEZ DELGADO, 1972: *Control físico de la mente*, Madrid. Espasa-Calpe, S.A.
- 1971: «The Neurological Basis of Violence», *Understanding Agression, International Social Science Journal*, vol. 23. pp. 27-35.
- N. TINBERGEN, 1955: «Some Aspects of Ethology: the biological Study of Animal Behaviour», *Advan. Sc.*, 12, 17-27.
- 1960: «On war and peace in men and animals», *Science*, N. York, pp. 1411-18.
- 1963: «On Aims and Methods of Ethology», *Z. Tierpsychol.*, 20. 404-33.
- 1972: *The Animals in its World - Field Studies' Explorations of an Ethologist 1932-1972*. London. George Allen & Unwin, Ltd. (Hay trad. cast.: 1975. Madrid. Alianza Editorial).
- 1973: *Volume Two: Laboratory Experiments and General Papers*, London. George Allen & Unwin, Ltd. (Hay trad. cast.: 1979. Madrid. Alianza Editorial).
- S. TOULMIN, 1972: *Human Understanding — Vol I: The Collective Use and Evolution of Concepts*. Princeton. Princ. Univ. P R
- S. TOULMIN, 1972: *Human Understanding — vol. I: The Collective Use and Evolution of Concepts*. Princeton. Univ. Press. (Hay trad. cast.: 1977. Madrid Alianza Editorial).
- V. SANCHEZ DE ZAVALA, 1976: Compilación, traducción y Prólogo. *Sobre el lenguaje de los antropoides*, Madrid, Siglo XXI Eds.